

EL COLÓN DE ABEL POSSE, UN HÉROE HEBRAICO



Carlos-Germán van der Linde

Presentación

La literatura es una intermediación, de carácter simbólico y explicativo, entre los hechos históricos, lo silenciado en la memoria oficial y los espectadores. La intermediación girará básicamente en invertir del ideograma civilización vs barbarie, en el que *per se* América era bárbara, mientras Europa era civilizada. Partiendo de esta propuesta se presenta la siguiente hipótesis interpretativa: “*Los perros del paraíso*¹ es un contradiscurso histórico que nace desde adentro de la tradición hebraica”. Nuestra hipótesis interpretativa se sustenta en el hecho de que esta novela respeta (igualmente podemos decir que ‘refleja con fidelidad’ o que ‘representa una visión de mundo con respecto a’, etc.) los ideogramas fundamentales de la Edad Media, v. gr., la peregrinación y la tierra prometida, los cuales quedarán contenidos en el ideograma “Moisés peregrino y salvador”. *Los perros del paraíso*, propongo también, nos dice que si reconstruimos la figura de Colón según los documentos oficiales devendrá un héroe arquetípico, a saber, Colón peregrino y salvador, lo que quiere decir un Colón-Moisés. No obstante, lo condenado en el ciclo del fuego, el silencio de las crónicas, es la sexualidad, que como sabemos en tiempos de represión sexual se debió purgar con la hoguera; la sexualidad se constituirá en el *interdictum* novelesco rescatado de la historia, es decir, será un símbolo para heroizar al héroe de la novela. Entonces, desde los ideogramas dominantes de la peregrinación, la tierra prometida y la salvación, Abel Posse constituye un Colón que sexualmente vence a la Reyna Isabel y a Beatriz de Bobadilla como signo de iniciación y alianza para la empresa del Paraíso y del periplo de la eternidad.

I. La literatura como interpretación explicativa

Para aceptar que la literatura es un intento de intermediación explicativa, es necesario que partamos del acuerdo de que ella es un producto artístico perteneciente a un momento y espacio determinados. Sólo así sostiene que su intermediación se realiza entre (i) los hechos históricos (entiéndase por esto el acaecer fáctico de los estados de cosas), (ii) la memoria que se posea de tales hechos, i.e., “el horizonte de cultura” y (iii) los espectadores. Resaltamos el hecho de que en el tercer término se deba hablar de “espectadores” y no partícipes o agentes de la historia; esto se hace para indicar la distancia existente entre los hechos históricos y las generaciones posteriores, distancia que abre el espacio para la memoria o tradición². De esta manera, el horizonte de cultura o memoria como tal no es la comprensión sino el contexto clarificado donde se producen las condiciones de comprensión, luego se reafirma así su condición de marco referencial. La literatura, entonces, es una intermediación explicativa de eventos pasados para generaciones futuras, que no vivieron ni participaron de un hecho histórico tal, pero saben de él por la memoria cultural consignada en parte en su tradición oral, y, sobre todo, en la memoria escrita de los periódicos de la fecha, los reportajes periodísticos, etc. Sería algo así como las “actuales crónicas”, y su posterior presencia en los manuales de historia, en otras palabras, todo lo que compone el imaginario colectivo de una sociedad. La literatura, y la novela en particular, entra a trabajar sobre y para ese imaginario, que en muchos casos corresponde a un horizonte de expectativas que se pregunta por una explicación.

En este instante, la pregunta de orden metodológico que se debe formular es ¿qué tipo de intermediación se plantea en *Los perros del paraíso*?, iniciamos la respuesta indicando que la intermediación explicativa está inscrita en el marco de un contradiscurso histórico (precisamente lo que le corresponde en tanto novela histórica). Contradiscurso que narrará la conciencia precolombiana frente a la naturaleza y su predisposición positiva frente a la llegada de los barbudos (es decir, los españoles apóstoles de Jesús):

—No. No. Los hombres que vendrán del mar, barbados serán y uno de ellos barba rojiza tendrá. Están ya cerca (tenemos información). No. No son tzitzimines, esos monstruos del crepúsculo que esperan en el fondo del cielo de Oriente para devorar la última generación de humanos. No. Los que ahora se aproximan son los últimos dioses menores. Vienen del Gran Mar. Los manda Quetzalcoatl, que los predijo. Digo que son barbados, generosos, demasiado humanos tal vez... (*Perros*, Fuego: 121.)

Un poco más adelante continuó el Mexicatl Teohuatzin con unas palabras que nos obliga a desarrollar nuestra propuesta de leer *Los perros del paraíso* desde una óptica judeo-cristiana:

—¡Oh, son seres maravillosos, los que llegan! Hijos de la mutación. ¡Generosos! Una infinita bondad los desgarrar: se quitarán el pan de la boca para saciar el hambre de nuestros hijos. Sé que su dios humano les manda amar al otro como a sí mismo. Serán incapaces de traernos muerte: detestan la guerra. Respetarán nuestras mujeres, porque su dios –infinitamente benigno– les manda no desear otra mujer que no sea la propia. (En esto son particularmente rigurosos.) Adoran un libro escrito por sabios y poetas. El dios que adoran es un hombrecillo golpeado, torturado, hasta ser puesto a muerte por unos militares. ¡Con el débil se identifican! ¡Al débil aman!

Digo, anuncio, que odian la guerra, la violencia, la violación. ¿Cuál es su fuerza?, os preguntaréis. Y yo digo: la bondad y el amor. Esa es su fuerza. Si ven a un herido, le besan la llaga y lo curan. Alimentan gratuitamente al hambriento. Guían al ciego. Odian las riquezas porque en ellas ven trampas de los tzitzimines, los diablos. Es sabido que si alguien les golpea, con mansedumbre ofrecen la otra mejilla para recibir un golpe más. ¡Hasta ese punto llegan! Sin embargo no desprecian los días de la vida: saben multiplicar los alimentos, las cosas, las casas. Dominan el rayo del cielo y lo contienen, pero sólo para uso pacífico, en caños de metal del largo de un brazo... (*Perros*, Fuego: 122-3.)

Sabemos de la ironía con que fue escrito este pasaje por el desarrollo que va a tener la novela en la última parte, que conocemos como «Tierra», donde la inocencia de los indígenas resulta inverosímil para la razón y la soberbia occidental. Los europeos, los supuestamente civilizados, serán los “perros” de la barbarie. “Perros” será la metáfora elaborada por Abel Posse como imagen de denuncia y subversión histórica, es decir, será una imagen construida entre líneas, dicha en un *interdictum* novelesco, la cual intermediará en nuestro imaginario revirtiendo el ideologema “civilización vs barbarie” que tradicionalmente estipuló que los europeos eran los bárbaros o caníbales y los españoles los civilizados o los cristianizados: «la gran vera, el árbol más importante de la región (las plantas tienden a cierto matriarcalismo), hizo comprender que sería una batalla perdida: los pálidos venían signados por una pulsión de exterminio, se habían olvidado de su relación primigenia con el Todo, eran traidores a la hermandad original de lo existente [...] Donde los blanquiñosos avanzaban, el orden natural quedaba quebrado». (*Perros*, Tierra: 235.) Revertir este ideologema y considerar la posibilidad de los indígenas americanos como ángeles es situarlos, privilegiadamente, por encima del concepto racionalista y europeo de civilización, mientras que los europeos -irónicamente

civilizados- serán algo menos que bárbaros (o, según los indígenas, *tzitzimines*): caníbales que comen caníbales. Para decirlo desde nuestra hipótesis de sentido, revertir el ideologema civilización vs barbarie es el contradiscurso histórico que propone *Perros*, lo que se constituye, al tiempo, en la intermediación que explica desde una nueva óptica los sucesos históricos del descubrimiento. Con todo, parte del ideologema dicta la bondad civilizada de los indígenas: «Cuando los brutos encomenderos les daban latigazos y palos ellos trataban de incorporarse como les fuese posible para ofrecerles la otra mejilla y las partes no magulladas del cuerpo, tal como les había recomendado el padre Valverde. Cumplían, de su parte, estrictamente con la palabra cristiana. Después de la tortura [...], recogían sus ropitas, se inclinaban y agradecían». (*Perros*, Tierra: 236.) Mientras la otra parte del ideologema se completa con la barbarie expuesta por los europeos a tan alto grado que alcanza la categoría de “perreidad”. (Confirmándose, en la ceremonia mística del viaje a Lo Abierto del 12 de octubre de 1491, el terrible augurio de un indígena iniciado: «dijo que sobre el mar, hacia Oriente, había visto las sombras de los *tzitzimines*, los demonios invasores, la furias, capaces de quitar a los hombres del sagrado continuo del Origen». (*Perros*, Fuego: 83.) De los europeos sólo uno buscaba el paraíso, los demás no escapaban del infierno en España sino que lo venían a reproducir en las tierras prometidas. Roldán sería el perro capitán y su revuelta fue la situación precisa para que aflorara libremente la “perreidad” occidental que traían en sus genes y psiquis, y que muy posteriormente conllevaría a “aperramientos” como los de la Misión inglesa del Reverendo Despard en *La tierra del fuego*, de Sylvia Iparragirre, o el “aperramiento” de la United Fruit Co. denunciado literariamente en *Paralelo 42*, de John dos Passos, en *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio y, por supuesto, en *Cien años de soledad*, de García Márquez. Finalmente, las bayonetas (perros de acero y fuego) de la United Fruti Co.³ también hacen presencia en *Perros*:

El asesinato de la bella Bimbú fue una advertencia. La evidencia del futuro de horror se tuvo cuando el pregonero leyó la ordenanza de Roldán sobre “Marcas y señales de cuadrúpedos de trabajo y de naturales”. Los esposos, los padres, debían ir con sus mujeres e hijos, incluso niños, para ser herrados frente a la catedral. A los humanos se les ponían una “G” probablemente derivada de la palabra guerra. Los encomenderos reconocidos podían agregar un signo distintivo previamente registrado en la “Oficina de Patentes y Marcas”.

Esto contribuía a hacer más estable el tráfico de concubinas y siervas e impedir disputas cuando se jugaban las princesas al mus. Ahora todas las transacciones serían serias, mediante intervención de escribano. (*Perros, Tierra: 237.*)

El punto final del contradiscuso de *Perros* llega, desde la perspectiva bíblica, en boca de los indígenas después de una autoidentificación del lector con ellos, es decir, después de la intermediación de la novela en nuestro imaginario, no podemos menos que identificarnos con los indígenas y focalizar nuestro sentir desde su posición, v. gr., pensaron los caciques más viejos y nosotros con ellos «si éste es Cristo, Cristo es un delincuente». (*Perros, Tierra: 237.*)

II. *Los Perros del Paraíso* es un contradiscurso histórico que nace desde adentro de la tradición judeo-cristiana

1. Los ideogramas de la peregrinación y la tierra prometida en *Los Perros del Paraíso*

1.1 La peregrinación y el ciclo del mar en *Los perros del paraíso*.

Para los medievales, la medida mental del mundo se establece en términos de una representación espacial de la realidad, esto es, una relación simbólica con el espacio⁴. Ello sucede así por el legado esencial del medioevo que todos conocemos como feudalismo. La tierra es para vivir en ella, poseerla y habitarla representacionalmente. Los lugareños edifican en el espacio y a partir de ello fundan la diferencia entre propio y ajeno, lo mío y lo tuyo, entre nacionalidad y extranjería. La relación que sostienen los viajeros con el espacio presentará algunas diferencias; sin embargo, conservarán la perspectiva propia de llenarlo de significado: para los viajeros el espacio es un lugar de tránsito, y llenan de significado a los caminos en su travesía. Su habitar es realmente un trasegar y debido a esto los viajeros –llámense peregrinos, caballeros andantes o conquistadores– llenan los lugares por donde pasan de un fluir de sentidos: su habitar consiste en una *dinámica* representacional. La mitología propia del medioevo que versaba sobre la idea de la Ciudad de Dios se va a mantener para el siglo XV, en este momento histórico la conciencia religiosa planteará la representación simbólica del espacio como la *búsqueda* del paraíso perdido, o con equivalentes tales como el jardín de la eterna primavera, reino del Gran Khan, la leyenda del Dorado, el lugar de la eterna juventud,

la piedra filosofal, la tierra de las amazonas, la *politeia* platónica, la *utopía*, la *Dei civitas* agustiniana, la *nueva Atlántida*, la ciudad del Sol o el *Ubi sunt*. Se hace patente que el imaginario colectivo de los conquistadores se fundamenta en la creencia evangélica de la Santa Corona Española, siendo el Nuevo Mundo el lugar donde se pretende materializar este ideal.

La peregrinación busca arrancar al hombre de su condición humana ordinaria y lo dota de sentido en forma sacralizada:

Los peregrinajes están llenos de extraños relatos, de milagros insospechados, de raras maravillas que excitan la imaginación. Una sabia propaganda de la Iglesia extenderá y amplificará sus relatos hasta el concilio de Clermont, de donde saldrá, en 1098, por la predicación de Urbano II, la primera cruzada. (Cohen, 1948: 44.)

A partir de este ideologema surge el Almirante, el conquistador de Abel Posse, elevándose desde su condición de mero hombre hasta su sublimación en héroe hebraico. Hecho que al decir de Cohen lo carga de sentido divino:

Se levanta mucha mar. Un mar oscuro, pesado como sustancia mercurial. Mucho mar y sin viento, cosa que inquieta a los pilotos que se consultan gritando desde las cofas de las tres naos. No comprenden. Nunca habían visto fenómeno parecido. Pero el Almirante lo recibe como otro signo callado e inequívoco: es el Señor. Como en los tiempos en que Moisés salió de Egipto con el pueblo judío, se levanta la mar en murallas de agua aunque no sople el viento. (*Perros*, Agua: 170.)

La peregrinación y la ensoñación de tierras maravillosas, v. gr., la ciudad de Sol y Oriente, se constituyeron en el *Leitmotiv* de los *Romans*: «La alucinación del Oriente está hecha de esas riquezas fabulosas de la India lejana que ya atrajo a Alejandro, tanto como de las maravillas que se le atribuyen –doncellas-flores, dragones alados, fuentes de vida–, que la escultura asiria y la miniatura persa han hecho conocer, pero que han popularizado sobre todo las diversas versiones del *Roman d’Alexandre* caras a Edwuar Armstrong». (Cohen, 1948: 45.) La peregrinación que se presenta en *Perros* como el ciclo del agua, correspondiente básicamente al capítulo «Agua», será denominada en este escrito ‘peregrinación marítima’. El agua en la mitología hebraico-helena es el símbolo de la purificación, de la *kátharsis*, y para el caso de nuestra novela lo será de la salvación. (El escenario expuesto por Zumthor ha variado de lo terrígeno a lo marítimo, pero no así su *measure*.) La peregrinación marítima será una gran conquista de ultramar: ahora el Colón de Abel Posse, descendiente de Isaías y por ende parentela de Moisés, conducirá a la Corona española a su tierra prometida, lugar donde se

recuperará el Paraíso; simbolizándose así el regreso al principio, al *arché*, a la prehistoria, al lugar sin tiempo, donde el mundo y la idea eran uno, donde el ser y el deber ser son la misma cosa, el punto de la no-muerte: «espacio y tiempo es el nombre de los ángeles exterminadores que nos expulsaron del Edén. Habrá que vigilarlos con astucia. Sólo ellos podrán indicarnos el camino de regreso a las ansiadas Puertas». (*Perros*, Agua: 165.)

El periplo de Colón-Moisés o Colón-Salvador no inicia al momento de zarpar, empieza mucho antes con la circuncisión de Cristoforo, con el fin de emparentarse no sólo con los judíos sino para convertirse en el Elegido: «juzgó, sin falsas modestias, que su desafío, su apuesta, era de un rango digno de Abraham, de Moisés, de David. Padebió un ataque de sudor frío y de chuchos. Era el Elegido. La pareció sentir el peso del Universo en su nuca». (*Perros*, Agua: 132.) La mencionada circuncisión “tardía, ambigua e intencionada” además simboliza su carácter de enviado y, sobre todo, salvador de los hebreos:

¡Tú eres el enviado! Los hebreos de Asia te esperan para reconstruir, para todos nosotros, la tierra prometida. Cumple tu tarea: trata de alcanzar el río Sambation y no te preocupes de la misión que puedan tener algunos de los que embarcamos. ¡A orillas del Sambation, con ayuda de Jehová, fundaremos la Novaia Gorod! ¡Apúrate, parte antes que expire el plazo y puedan acabar impunemente con los judíos! ¡Piensa que si fallas será el triunfo de los monarcas de la noche que ejecutarán la solución final! No te fijas en gastos. ¡Eretz Israel! (*Perros*, Agua: 130.)

El éxodo siempre es anticipado por una iniciación, y al igual que Jacob hijo de Isaac, Colón dejará su pasado y emprenderá una empresa trascendental, ahora eretz Israel, un Israel que buscará el Canaán americano. Incluso la peregrinación marítima es iniciática, recuérdese el *mysterium tremendum*: la voz verdaderamente significativa, virilmente timbrada y estratosférica (de la cual la humanidad tiene memoria en el monte Sinaí) dice al Almirante «te doy las llaves de los atamientos de la Mar Océana» (*Perros*, Agua: 133). El 6 de septiembre – una vez vencida la vulvidentada come hombres– se inició la peregrinación marítima: “todo al Oeste sobre la línea del Trópico”. Ésta representará ese viaje a las esencias, al *arché*, un viaje filogenético a los orígenes de la vida en los mares, al hombre-pep, todo en un proceso de mítico descenso dantesco por el *mare tenebrarum*. (Lugar intermedio entre España y el Paraíso «por donde hasta oy no sabemos por cierta fe que aya passado nadie...» (Colón, 1986: 16): «El Almirante comprende que es natural que en esta zona intermedia entre la nada y el ser, entre lo conocido y el misterio, hagan su irrupción los muertos... continuamente pasan

entre las horas de los vivos... son Protoformas astrales con mala nostalgia terrenal». (*Perros*, Agua: 168.)

Al salir del *mare tenebrarum*, es decir, el final del periplo, se consolida, a posteriori, el nuevo orden de la historia universal. El nuevo hecho histórico redireccionará el rumbo histórico-espacial y la medida del mundo de la conciencia medieval, que dará paso a un renacimiento más cosificador y mercantilista que realmente humanista, sea ello, la modernidad de las sociedades de producción. Al final del vía crucis colombino se haya la vida eterna, la “zona de Apertura” a la tierra de la no-muerte. Por otro lado y como dato curioso, la versión de la historia presentada en *Perros* afirma que el ansiado 12 de octubre realmente se produjo el 4 de agosto, el día de la Verdadera Apertura, de la trascendencia conocida por el abate Brandán, es decir, el *telos* del vía crucis: «Y así fue. El 4 al atardecer vieron que avanzaban grandes corrientes de agua que abrían la mar como canales. Como continuación de un gran río de tierra». (*Perros*, Agua: 191.) Esto quiere decir que la historia propuesta por *Perros* es una no desde el mero hecho fáctico sino una a partir del instante místico, transcendental.

1.2. El ideologema de la tierra prometida en *Los perros del paraíso*

El ideologema de la tierra prometido será definido siempre como una nostalgia por la expulsión y como una añoranza por volver al Edén. Esto lo aprendió Cristoforo⁵ desde niño con los sermones del padre Frisón. Éste narraba a los infantes los paisajes paradisíacos del Edén: playas de arena blanquísima y suave brisa, leche de cocos y frutas de desconocida sacarosa, músicas suaves de pajaritos y ramos de hojas de palmeras, cuerpos desnudos en agua clara y salina, o sea –les decía–, “el mundo de los ángeles, *seres perfectos, sin tiempo*”, etc. Paisaje semejante se inscribió en la imaginación del pequeño genovés, dichas ‘noticias’ parroquiales (porque en nuestra novela se juzga que lo anterior no es educación sino simples noticias) serán la clave para su fuerza, es decir, para hacer de él un héroe hebraico. (*Perros*, Viento: 26.) Por otro lado, el ideologema de la tierra prometida implica cosas como un *retorno* que da paso a la añoranza, es decir, la travesía de regreso al lugar donde alguna vez se estuvo es una situación arcádica. Sin olvidar cosas como el *telos* o finalidad ético-espiritual que empuja a soportar todos los padecimientos de la carne y el mundo material en el peregrinar, i.e., el *telos* territorial de la peregrinación de Moisés fue Canaán (que, dicho sea de paso, se convirtió en la medida israelita del mundo), por su parte el *telos* de la peregrinación marítima

fue para la Corona española cosa distinta que para Cristoforo Colón, a saber, para aquélla era la tierra del Dorado, para éste era el Paraíso o el lugar de la eterna primavera, es decir, de la no-muerte. Los *Perros* conserva a América como *telos* territorial de ensoñación: «eran maravillosos jardines sin caída, sin manzanas arteras, sin serpientes parlantes, sin culpa. Habitados por otros adanes y con mujeres de deliciosos pelos largos, desnudas y gráciles...» (*Perros*, Agua: 131.) Cosa que no sorprende porque esta imaginiería estaba en el horizonte de expectativas de todos los Cristoforos de la época, por eso, en efecto, Colón no podría más que encontrarse con la exuberancia nativa del Nuevo Mundo, la que no sólo cumplía con las expectativas paisajísticas de los conquistadores sino que parecía superarlas en mucho. El sueño europeo era ya una realidad: “Colón dio un mundo nuevo a la curiosidad europea”⁶. Las islas caribeñas correspondían a ese paraíso de abundancias y eterna primavera, así lo dejó consignado el Colón histórico en su *Carta sobre el descubrimiento*, de 1493:

Todas son hermosísimas, de mil hechuras y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son en mayo en España [...] En ella hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel y muchas maneras de aves y frutas muy diversas... La Española es maravillosa [...] y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares...⁷

Este fragmento es doblemente significativo porque, de un lado, leemos la relación que presentábamos anteriormente del hombre medieval con el espacio, con su representación espacial; la forma de llenar de significado, de habitar simbólicamente esta tierra desnuda es para Colón (y con su voz se pronuncia todo el hombre medieval) mediante la siembra, la crianza de ganado y, sobre todo, edificando lugares en medio de la selva. De otro lado, he subrayado las palabras o expresiones que confirman el hallazgo de la tierra prometida donde lloverá pan y miel –lugar arcádico objeto del deseo de la conciencia medieval– donde una vez que se tiene la bendición de estar allí «...[la Hispaniola] es para desear y vista es para nunca dejar», en este marco se inscribe la ordenanza del Almirante del “estar” (heideggeriano del *Da Sein*), que se promulgó después de la ordenanza de la “desnudez”. La lista de citas a este respecto que podemos obtener del *Diario de abordo* sería abultada, por lo cual bástenos con sólo un par de ellas. El propósito de estas citas es demostrar en los documentos históricos la presencia del ideograma de la tierra prometida en el imaginario europeo del siglo xv; haciendo referencia a la isla Fernandina, se lee:

Es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo en duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diformes de los nuestros [...] y tan diforme, que e la maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra [...] Aquí son los peçes tan diformes de los nuestros, qu'es maravilla. Ay algunos muchos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mill maneras, y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también ay vallas... (Colón, 1986: 36-37.)

Tal vez como recurso retórico el autor del *Diario* pone las mismas impresiones en boca de otra persona (en el caso que citaremos será otro almirante, es decir, alguien de jerarquía) y así evita reducir sus percepciones a un subjetivismo. En los *Perros* se dice que ya cerca de la puerta del Paraíso, en la zona de Apertura, el Almirante, inquieto, ordenaba a los grumetes de mejor vista a subir a lo alto de las cofas, “aunque sólo él sabe, podrá tener el privilegio de la plena visión”, ¿pero que es eso que él sabe y envía a observar a los grumetes? Pues, las percepciones del Paraíso que tuvieron Isaac y Jacob, las cuales se callaron. Por ejemplo para el 3 de noviembre, con respecto al almirante enviado, se dice que:

Subió en un montezillo por descubrir algo de la tierra, y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales muy frescas, odoríferas, por lo cual dize no tener duda que no aya yerbas aromáticas. Dize que todo era tan hermoso lo que vía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y paxaritos.

Este fragmento sirve de confirmación de lo dicho en los *Perros*: «al ser expulsado, Dios consintió que Adán se llevara azafrán, nardo, palmitos dulces, canela y muchas semillas frutales». (*Perros*, Agua: 186.) Como todos sabemos las exploraciones continuaron en el Nuevo Mundo, v. gr., los relatos de Américo Vesputio, en ellos (quince años después del descubrimiento) se desea conocer una nueva porción del mundo y sus maravillas evocan las descripciones de Colón, al tiempo renuevan el interés de los lectores europeos. A continuación un fragmento de las descripciones del Brasil hechas por Vesputio en su *Primer viaje*:

¿Qué diremos de los pájaros que son tantos y de tan variados colores en sus plumas de tal manera que maravilla el verlos? La tierra es muy amena y fructífera, llena de grandes selvas y bosques y siempre está verde y no se pierden las hojas. Las frutas son tantas que son incontables y muy diferentes de las nuestras⁸.

A partir de todas estas descripciones y crónicas tenemos (i) la constitución del ideal paisajístico: todo paisaje para ser perfecto tendría que evocar el jardín de la eterna primavera y (ii) la constitución del ideal de belleza, que se reviste ahora de colores... de los colores de las

flores, los frutos y las aves del Nuevo Mundo, colores que no cesan ni cuando en Europa es invierno. Estos dos elementos impresionaron vivamente su *mesure* del mundo y por ello se impregnó su imaginación literaria de una especie de género de ‘viajes extraordinarios’, los cuales, para seguir con nuestra propuesta, conformarán una intermediación explicativa entre el hecho histórico del descubrimiento, su memoria, a saber, las crónicas, y los espectadores europeos. Rabelais será el primer ejemplo moderno, pero como antecesores, incluso en el mismo siglo xvi –bajo la preocupación por la Naturaleza y por el estado inocente de lo natural–, tenemos a Antonio de Guevara, Juan y Alfonso de Valdés, fray Luis de León; luego del renacimiento contamos con Lope de Vega, Quevedo (impresionado especialmente por la *Utopía*) y el autor de ésta, Tomas Moro, entre otros. (Cf. Henríquez Ureña, 1978: 25-27.) He reproducido parcialmente los anteriores documentos oficiales para sustentar la presencia del ideologema “tierra prometida” en *Perros*. En nuestra novela se presentan otros documentos “oficiales”⁹, pero lo realmente importante es elaborar un contraste entre éstos y los que yo reproduje para percibir la pretensión de verdad histórica de la que se impregna *Perros*:

—“Más allá del Océano que rodea los cuatro costados del Continente interior que representa el área del Tabernáculo de Moisés, hay otra tierra que contiene el Paraíso que los hombres habitaron antes del Diluvio” (de Cosmas Indicopleusta en su *Topographia Christiana*). [*Perros*, Agua: 186.]

—Coincidentemente: “Hay cuatro estrellas, en el otro Hemisferio, que sólo vio la primer gente” (Dante, *Divina comedia*, “Purgatorio”, canto I.) [*Perros*, Agua: 186.]

—“Hay en el Paraíso siete puertas de oro y setenta tronos de oro y diamante para los elegidos del Señor. La Tercera Casa del Paraíso es enteramente de oro y plata”. (Joshua Ben Levi que logró entrar al Paraíso mediante la conocida e infame estratagema. Su testimonio, certificado por los rabinos de Génova, fue decisivo para los avales extendidos por la *Banca San Giorgio* y para el préstamo del financiero Santángel.) [*Perros*, Agua: 186.]

—“Más allá del Trópico de Capricornio hay una tierra habitable que la parte más alta y noble del mundo, es el Paraíso Terrenal” (Abate d’Ailly en *Imago Mundi*). [*Perros*, Agua: 186.]

En este marco se inscribe el que constantemente se caracterice al Almirante como el único que está en busca del Paraíso; por eso es el Elegido o, tal vez, debido a que es el Elegido, será el único en busca de la trascendencia –la verdad no logro todavía determinar el orden de implicación de los hechos. No obstante, el resultado es que el Almirante en *Perros* es un héroe hebraico: así deviene porque la gran mayoría de los europeos de la época tenían en su

imaginario *ir* al lugar de la no-muerte, mas ¿cuántos estaban realmente dispuestos a emprender el viaje? Es decir, embarcarse en la peregrinación por el fin mismo y no por *huir* del infierno español, y de éstos que finalmente se decidieron ¿cuántos realmente tienen la visión del Todo?; recordemos el pasaje bíblico que dice muchos serán los llamados pero pocos los elegidos: «ciertamente la cosecha es mucha, pero los trabajadores son pocos» (Mateo, IX, 37):

Alto y grande, realmente inefable, es su propósito —por eso subrayo la cita—. ¡Volverá habiendo vencido a la muerte! Arrojará eternidad a los pies de la Reina Isabel. Descargará en esas costas afortunadas toda la moribundía del jadeante Occidente, como toneladas de pringoso carbón que palearán las rameras descaradas, los asesinos y los ambiciosos campesinos de sus naves. [Perros, Agua: 187.]

III. La sexualidad, el *interdictum* novelesco de Perros

En este trabajo, la sexualidad presente en *Perros* no será entendida como el acto fisiológico de reproducción ni como la simple cópula coital, sino en tanto simbolización de la pulsión del placer de la historia. En otras palabras, interpretaremos la sexualidad en cuanto alegoría de la fuente de deseos y odios, esto es, de alianzas y luchas, que han tejido la historia de la humanidad. La sexualidad que se presenta en nuestra novela es la construcción carnal de España, a saber, la alianza coital de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Pero, más aún, es la edificación del héroe. La simbología que se teje con la sexualidad será parte de esa intermediación explicativa: la iniciación de Cristoforo como salvador –considero- comienza por la circuncisión, por otro lado, la iniciación de Colón como peregrino se consolida a través del orgasmo con Isabel-bacante. En resumidas cuentas, la historia le debe el Descubrimiento a la sexualidad. No obstante, nos dice Abel Posse¹⁰ que el sexo «escapa a la superficialidad de toda crónica» (*Perros*, Agua: 152) y su novela, justamente, va a remediar este silencio, esa voz histórica acallada o ignorada por facilismo. En «Aire», nuestra novela nuevamente denuncia que «los cronistas no retienen el texto de aquella proclama; como siempre, captan lo fácil» (*Perros*, Aire: 47), proclama que inició Isabel gritando: “¡Alto será mi pendón y clara mi divisa!” Demagogia de poder y sexo, es decir, compulsión hacia Fernando, tanto así que Valladolid se declara bastión de Isabel al ser el lugar de encuentros amorosos con el aragonés. Nuevamente esta sexualidad escapó a la memoria histórica a cargo de Gregorio Marañón y López Ibor (cf. *Perros*, Aire: 53):

Al primer erotismo —lujuria febril— que los había endurecido y puesto máscaras graves de notarios o de verdugos, siguieron los primeros diálogos transcurridos en los desvelos o en esa fatigada laxitud de los amantes sin ciencia administrativa.

—¡Acabar con esa pecaminosa felicidad de los moros en sus territorios de Al-Andalus!

—¡Un Imperio, un pueblo, un conductor! [...]

—¡Todo por hacer! ¡El mundo, la vida! ¡Hay que conquistar Francia, Portugal, Italia, Flandes!
¡Despedazar a los moros! ¡Los mares! ¡Los mares!¹¹

¡Los mares! ¡Los mares! Es el grito de regreso al ciclo del mar, es el llamado al Almirante a ser héroe, pero antes se debe pasar históricamente por años de sangre, fuego e inquisición, que desde *Perros* conoceremos, en buena parte, como *pogrom*. Al término de la salvación por el fuego, se iniciará el periplo de la salvación a través del agua, v. gr., el retorno al paraíso, al lugar sin muerte. De manera que, al final del ciclo de las hogueras, es decir, terminando la tercera parte de la novela, «todos comprendieron que había nacido el ciclo del mar, aunque el fuego de las hogueras no cesaba [totalmente]», ¿cómo nace el ciclo del mar? El *interdictum* novelesco nos dirá que con una alianza sexual entre Isabel y Colón. Ella —idéntica a las míticas bacantes— bailaba, danzaba y reía entre la penumbra del bosquecillo; mientras, se acercaba al asustado Colón. Éste excitado, pero ingenita-lizadamente, ante la presencia de la Reyna, experimenta un intraorgasmo, polución extragenital, panorgasmo o “inyaculación”¹². Con este encuentro sexual se abre, desde el ciclo del fuego, el inicio al ciclo del mar, es decir, a la peregrinación marítima, pues, «Colón acababa de ser ungido Almirante de la Mar Océana (recibiría 8000 maravedíes y se le permitiría el aditamento del “Don” y el uso de espuela de oro)» (*Perros*, Fuego: 120). El descendiente de Isaías sellaba sexualmente la alianza real del retorno al Paraíso:

Lo narrado, tan importante para el Destino de Occidente (como se dice) ocurrió el 9 de abril de 1486. Colón había comprendido que aquel rito sellaba un gran acuerdo. ¡La Reina era su cómplice secreta en la secretísima aventura del Paraíso! (*Perros*, Fuego: 120).

Continuando con la tesis de que la memoria de las crónicas ha dejado escapar *intencionalmente* líneas históricas, leemos en *Perros* que “los fracasos y los miedos no se confían a la posteridad”, y la posteridad somos nosotros habitantes del futuro (se entiende que del hecho histórico en particular, en este caso el descubrimiento). Por eso no hay documentos,

es decir, memoria del encuentro sexual entre Colón y Beatriz de Bobadilla –ya en el ciclo del mar–, puesto que escapa al facilismo de la crónica. En efecto, «resulta históricamente inexplicable la falta de decisión de Colón para quedarse en Gomera casándose con la viuda [negra]» (*Perro*, Agua: 159). Nótese bien cómo aquello que resulta “históricamente inexplicable” lo es por falta de documentos oficiales; sin embargo *Perros* entrará a subsanar este vacío: nuestra novela entrará a proponer un *interdictum* y a sugerir una sexualidad histórica. Una vez más afirmamos que la sexualidad será un aspecto más de la intermediación explicativa planteada por *Perros*, y la explicación estará en los términos de ser la génesis oculta de las alianzas y luchas de la leyenda pública. Por otro lado, para llegar a las puertas del paraíso e iniciar la peregrinación marítima fue necesario partir desde las puertas del infierno, v. gr., Gomara custodiada por su Cancerbero-Bobadilla. La prueba es clara: «—El vuestro es un gran intento, Almirante –dijo condescendiente [Beatriz]. —Indias. La especería. Cipango. El Gran Khan... –enumeró él» (*Perro*, Agua: 150), pero para alcanzar esto que él tiene en mente, primero debe triunfar en su “gran intento, Almirante”: vencer la envidia del pene que posee la vagina dentada de la Bobadilla. Finalmente, el *interdictum* sexual será llevado en la cuarta parte de los *Perros*, a saber, «Tierra», a la metafísica angelical del Nuevo Mundo.

Bibliografía

- COHEN, Gustav (1948). *La gran claridad de la edad media*, Valencia: Castalia.
- COLÓN, Cristóbal (1986). *Diario de Abordo*, Madrid: Alianza.
- COLÓN, Hernando (1984). *Historia del Almirante*, Madrid: Historia 16. Ed. Luis Arranz Márquez. Crónicas de América 1.
- FUENTES, Carlos (1993). *Geografía de la novela*, México: FCE.
- FUENTES, Carlos (1972). *La nueva novela hispanoamericana*, México: Joaquín Mortiz.
- GADAMER, Hans-Georg (2001). *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1978). *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México: FCE.
- LUKÁCS, Georg (1977). *La novela histórica*, México: Ediciones Era.
- PONS, María Cristina (1996). *Memoria del olvido*, México, Siglo XXI.
- POSSE, Abel (1994). *Los perros del paraíso*, Buenos Aires: Emecé.
- WHITE, Hayden (1992). *El contenido de la forma*, Barcelona: Paidós.
- WHITE, Hayden (1992). *Metahistoria*, México: FCE.
- ZUMTHOR, Paul (1994). *La medida del mundo: representación del espacio en la Edad Media*, Madrid: Cátedra.

¹ POSSE, Abel, *Los perros del paraíso*, Buenos Aires, Emecé, 1994. **Nota bene:** La novela será nombrada simplemente como *Perros* y las citas (que corresponderán a esta edición) estarán acompañadas del capítulo, i.e., *Perros*, Agua: 152.

² GADAMER, Hans-Georg, en *Verdad y método*, sostendrá que dicha distancia es indispensable para el espacio hermenéutico que se llama tradición: «Existe una verdadera polaridad de familiaridad y extrañeza, y en ella se basa la tarea de la hermenéutica, pero no en el sentido psicológico de Schleiermacher, como el ámbito que oculta el misterio de la individualidad, sino en un sentido verdaderamente hermenéutico, esto es, con la atención puesta en algo dicho: el lenguaje en el que nos habla la tradición, la leyenda que leemos en ella. También aquí se manifiesta una tensión. La posición entre extrañeza y familiaridad que ocupa para nosotros la tradición es el punto medio entre la objetividad de la distancia histórica y la pertenencia a una tradición. *Y este punto medio es el verdadero topos de la hermenéutica*». (GADAMER, 2001: 365.)

³ Cf. *La masacre de las bananeras*, de Jorge Eliécer Gaitán (Bogotá: Los comuneros).

⁴ Para el hombre medieval, nos cuenta Paul Zumthor en *La medida del mundo: representación del espacio en la Edad Media*, es clara la diferencia entre (i) el espacio vacío y el lugar, (ii) la tierra desnuda y el espacio edificado, (iii) el dentro y el afuera y (iiii) el espacio vertical de la ciudad y el espacio horizontal de los caminos: (i) El espacio es un vacío que hay que llenar, sólo pasa a existir cuando se le referencia, de lo contrario se pierde en la nada, está deshabitado. Mientras que el lugar es el fragmento de tierra en que se habita y esto mismo se constituye en su referencia, por ello siempre se puede volver. El lugar es un signo integrador con una coherencia análoga a la de un texto. «Es un texto en el que se inscribe una historia» (Zumthor, 1994: 52). (ii) La tierra desnuda es incierta, salvaje e instintiva. Su lógica es la lógica de la selección natural, solamente sobreviven los más fuertes. En este sentido se debe entender su caoticidad: su espacio es inmedible y su tiempo incronometrabable y precisamente en esto radica su oscuridad. Mientras el espacio edificado brinda un lugar en el espacio y un tiempo en el no-tiempo, es decir, un ordenamiento en el caos. (iii) el afuera propio de la tierra desnuda es un espacio que se abre y se ofrece a los viajeros con su esplendor de peligros, estado del suelo, vegetación prehistórica, enfermedades y muerte. Este espacio abierto y dado, en una sola palabra: único, se polariza por el dentro que ofrece la edificación: «Se trata de una polaridad primordial en la organización de sus temas y el funcionamiento de su fantasía. El espacio construido y habitado deja de ser un lugar como los demás. Una vez edificado, queda arrancado a la simplicidad apacible o terrorífica de la naturaleza». (Zumthor, 1994: 89.) Con la característica de que este dentro siempre será de paso para el viajero, pues, para éste es un espacio que cobra valor por su término, por su breve estancia. El viajero continuamente buscará el espacio lineal, abierto y dinámico que se encuentra en el afuera. (iiii) Justamente por lo anterior el viajero no se radicará en una ciudad, en un espacio detenido, estancado verticalmente en la tierra. Él busca el fluir dinámico en la horizontalidad de los caminos, en un acto heroico de vivir el espacio por el que camina, es decir, de dominar simbólicamente con su errar al espacio exterior. (Zumthor, 1994: 203.)

⁵ A partir de los distintos nombres que recibió el Almirante se podría considerar un estudio sobre la evolución del héroe de *Perros*. Inicialmente el pequeño genovés inquieto que descubrió su vocación como poeta se llamó Cristóforo Colombo; más tarde al inicio de su adultez y con su primera mujer en Portugal se le conoció como Cristovao; ya para la alianza con la reina Isabel será Cristóbal Colón y, finalmente, en su religare judío será Israel, al tiempo que descendiente de Isaías, pero también Abraham, Moisés, David, etc.

⁶ Palabras del Doctor Jonson, citadas por HENRÍQUEZ UREÑA, 1978: 10.

⁷ Retomo fragmentariamente el pasaje citado por HENRÍQUEZ UREÑA, 1978: 10-11.

⁸ Tomo este fragmento del pasaje citado por HENRÍQUEZ UREÑA, 1978: 17.

⁹ Justo antes del apartado “12 de octubre de 1492. Guanahani” (a saber, las pp. 185-187)

¹⁰ Aprovecho la oportunidad para señalar otro tópico de mi sugerencia de entenderse la literatura como intermediación explicativa. Cuando en este instante menciono el nombre de Abel Posse, con él, no hago referencia a la persona real, biográfica y psicológica que lleva este nombre, al contrario, me refiero a una voz representativa que habla desde, a través de y para una visión de mundo. en este instante –y es algo que resulta válido para toda la crítica literaria– decir “Abel Posse” (o mencionar cualquier otro autor) es indicar la postura crítica del autor frente al mundo y por ‘postura crítica’ se entiende esa intermediación que realiza a través de su arte. La literatura será un lente que explica simbólica o alegóricamente los hechos a una conciencia expectante, de modo que la literatura será una memoria poética de la historia –en el sentido que le da Hayden White en *Metahistoria* de memoria precientífica, pero no por ello, menos articuladora de los estados de cosas. Finalmente, dejo bien claro que en ningún momento se debe confundir al narrador con el autor.

¹¹ En la cita se proclama: ¡Un Imperio, un pueblo, un conductor!, al tiempo que se cuestiona cómo se podrá alcanzar esa meta sin emplear el terror. La respuesta a esta pregunta será el capítulo «Fuego» o ciclo de la hoguera. Históricamente corresponde al papado de Alejandro VI, a la guerra santa y a los años de guerra civil: «El Orden Nuevo se consolidaba. A todas las ciudades ya llegaban los individuos negros de la Inquisición. Los niños y las mozas, inocentes, rodeaban con sonriente curiosidad a los jinetes enlutados que llegaban con docenas de mulas cargadas con una especie de taller ambulante: poleas, cordajes, ruedas y tornos, hornallas; petacas repujadas llenas de tijeras, botas napolitanas, pinzas quitañas, ratas amaestradas, pinchaojos de bronce, escorpiones marroquíes, delicados arrancanervios, crucifijos. Era Isabel quien había convencido a Torquemada: “¡Cómo puedes vivir, monje, en la quietud cortesana! ¡Hay que ir a buscar el pecado por las calles, por los cuerpos! ¡Debes salvarte salvando!”» (*Perros, Fuego*: 86.)

¹² En este instante se produce un diálogo intertextual entre Posse y Carpentier. Éste supone una relación sexual libre y completa, lo que implica abolir las barreras sociales entre plebeyo y soberano. Pero en *Perros* se juzga como irreal y la “ingenitalización” de su deseo se explica, psicoanalíticamente, desde la novela misma: «no sería difícil hoy, a la luz de la ciencia psicoanalítica, explicarse el incidente: la genitalidad del plebeyo Colón había quedado bloqueada ante la presencia de la realeza. Era una inhibición surgida del sometimiento de clase». (*Perros, Fuego*: 119.)